

El secreto del hombre muerto

Joan Manuel Gisbert

Ilustración de cubierta de Jorge González

loqueleg

Lejos de aquí podrás abrirte camino

5

Perdido en aquella ciudad llena de canales, Luca se mordía los labios para no llorar. No quería que lo vieran con los ojos enrojecidos por el llanto.

Venciendo la timidez, la vergüenza y la tristeza, había llamado a muchas puertas. Se ofrecía como ayudante de criado, para cualquier trabajo doméstico, a cambio de techo y comida.

Le había costado mucho decidirse a llamar la primera vez a una casa. La segunda se le hizo un poco menos cuesta arriba. A la tercera, no tuvo que pensárselo tanto, y así, a lo largo del día, se fue acostumbrando.

Pero no había recibido más que negativas y desprecios. En muchos casos, al verle por las rejillas de las puertas, ni siquiera se molestaban en abrir. Otras veces, entreabrían un ventanuco para decirle de mal modo que se fuera.

En alguna ocasión, para burlarse de él, abrían la puerta para mirarlo de arriba abajo y hacerle enrevesadas preguntas sobre el lustrado de los cueros o el abrillantado de la plata. Luca solo sabía responder que estaba dispuesto a aprenderlo todo. No le servía de nada. Le decían que se marchara y que no volviera a molestarlos.

6 Pero lo peor de todo era la causa que lo había llevado a aquella situación, para él tan triste y lamentable.

Su padre era un hombre ya mayor y muy débil de carácter. Unos años después de la muerte de su madre, se había vuelto a casar con una mujer bastante más joven que él, que tenía tres hijas. Esa unión supuso la caída en desgracia de Luca. Ágata, la nueva esposa, pasó a ejercer un dominio total sobre el padre del muchacho, y la suerte de este quedó echada. Antes de transcurrido un año, justo cuando Luca iba a cumplir los trece, Ágata le dijo una noche:

—En casa no hay pan para tantos. Eres varón y mayor que mis hijas. Lejos de aquí podrás abrirte camino. Será lo mejor para todos y un modo de aliviar la situación.

Luca comprendió que aquello era una sentencia y que a su padre le faltaría energía y autoridad para oponerse a ella.

No era verdad que en casa no hubiese alimento suficiente para todos. El problema era otro. Ágata quería alejarlo para adueñarse aún más de la situación y favorecer sin trabas a sus hijas.

La calculadora mujer lo tenía todo previsto: Luca iría a la gran ciudad de los canales a ganarse el sustento por sí mismo. Ella lo acompañaría.

Al llegar los dos aquella mañana y ver la abundancia de hermosas mansiones, Ágata le había dicho:

—Aquí hay muchas casas y *palazzi*. Seguro que en alguno puede haber trabajo para ti. Lo único que tienes que hacer es encontrarlo. No te será difícil si insistes hasta dar con él.

Luca miraba a su alrededor y se sentía totalmente desorientado. La ciudad le parecía un complicado laberinto de callejuelas y canales en el que iba a extraviarse sin remedio.

—Volveré dentro de dos semanas —dijo Ágata—. Nos encontraremos en esta misma plaza. Entonces me dirás cómo te ha ido y en qué mansión estás. Y yo se lo contaré a tu padre.

Quince días le parecía a Luca un plazo muy largo, más que suficiente para que le ocurrieran toda clase de calamidades.

Ante el silencio y la cabeza baja del muchacho, Ágata argumentó con falsedad:

8 —Sé que ahora me detestas, pero un día me lo agradecerás. Bien, tengo que irme. ¿Te acordarás de acudir aquí, dentro de dos semanas, a la hora del mediodía?

Luca asintió de manera mecánica. Ni siquiera estaba seguro de que ella fuese a volver como decía.

Ágata se inclinó y le acercó su cara huesuda para darle un frío beso de despedida.

Ya oscurecía, y sin embargo Luca continuaba llamando a las puertas como si una maldición lo obligara a seguir haciéndolo sin cesar hasta el fin de su vida.

Las negativas y desaires lo tenían martirizado, pero pensaba que si se dejaba vencer el primer día todo sería aún peor al siguiente.

En una de las puertas a las que llamó cuando ya anochecía, le abrió un hombre maduro. Al oír la cantinela de Luca, lo miró con cierta simpatía y comentó:

—Hace más de treinta años, yo llegué como tú a esta ciudad en busca de trabajo. Hoy día son muchos los que vienen, y no hay para todos. Lo siento, no puedo ofrecerte ocupación. Pero tienes cara de estar desfallecido —dijo el hombre—. Pasa. Algo para reponer fuerzas sí voy a darte.

Después de tantos menosprecios, aquella acogida amable confortó bastante al muchacho. El hombre lo acompañó a una enorme cocina de altos techos y paredes ennegrecidas por el humo, y ordenó a unas criadas que le dieran algo caliente y unas provisiones para llevarse.

Más tarde, cuando Luca ya se iba, el hombre reapareció en el vestíbulo y le dijo:

—Si alguna vez te encuentras en un apuro grave, y no tienes a quién acudir, ven a decírmelo. Esta ciudad resulta a veces peligrosa si no se conocen sus secretos.

+12

NARRATIVA

El secreto del hombre muerto

Joan Manuel Gisbert

Ilustración de cubierta de **Jorge González**

Un cadáver desaparece misteriosamente en la ciudad de los canales. El joven Luca se ve involucrado en una oscura trama tras la que se oculta un importante secreto. Averiguarlo pondrá en peligro su vida.

«Siempre utilizo la levadura de la aventura, de la exploración y del juego para enfrentarme con lo enigmático, lo extraño, lo misterioso, lo que solo se muestra a medias».

JOAN MANUEL GIBERT

www.loqueleo.es

1024725
ISBN: 978-84-9122-132-6
9 788491 221326